

De un encuentro lunático

Galilea



Capítulo 1

La historia que voy a contar sucedió hace ya algunos años, cuando yo todavía era una nena.

Pero el tiempo transcurrido no impide que la historia resurja en mi cabeza a través de vívidos recuerdos, como si tan solo hubiese ocurrido ayer.

Para ese entonces, yo tenía nueve años.

La edad justa para comenzar poco a poco a tener responsabilidades y a adolecer ante el natural crecimiento y la gradual pérdida de la inocencia de la infancia y, a su vez, para no contar aún con la credibilidad y confianza de los adultos que me rodeaban. En resumidas palabras, no era ni grande ni chica.

Esa fue una de las principales razones por la cual jamás hablé con nadie de lo ocurrido. Además, porque si así lo hubiera hecho, me habrían tildado de loca.

Unos años atrás mi abuelo nos había regalado a mi hermana y a mí un telescopio.

Pedro, el papá de mi papá, era devoto de las estrellas, de los astros, del espacio exterior y de todo lo que estuviera relacionado.

Su máximo referente en su ámbito de interés había sido desde siempre Galileo Galilei. Muchas veces mi abuelo me había nombrado al astrónomo en cuestión y me había contado de sus trabajos de investigación, de cómo se lo había perseguido y tratado de lunático debido a sus revolucionarias ideas y algunos datos de color que los libros de astronomía y física no suelen incluir.

A mí la astronomía nunca me llamó la atención.

A mí me gustaba enseñar. Estaba segura de que cuando fuese grande sería maestra. Posiblemente de historia. Primero comenzaría dando clases en la escuela primaria donde podría afianzar mi vocación con los más chicos.

Luego, aspiraría a ser una eminencia en alguna facultad de Ciencias Sociales donde los alumnos me buscarían para que fuera su directora de tesis y donde trataría de enseñar a aprender, a reflexionar, a debatir y a poner en jaque los conocimientos que ya vienen dado de antaño.

Bueno, en realidad eso lo supe tiempo después.

A mis nueve años solo quería ser bombero. Para salir pitando y en tiempo record al sonido de la alarma que anuncia el peligro, que pide por nuestro socorro, el de los héroes y heroínas sin capa y con manguera en mano. No me importaba que mis familiares me recordaran cada vez que podían que aquel no era un trabajo para mujeres; yo igualmente quería ser una salvadora.

Pero aunque la astronomía no me interesaba en absoluto, solía usar bastante seguido el telescopio que mi abuelo nos había regalado.

Para cuando yo tenía nueve años, mi hermana Lili tenía catorce. Estaba en esa edad en la que hablaba horas enteras por teléfono fijo con alguna amiga hasta que mamá tenía que retarla para que cortara la llamada. Se pintaba las uñas y usaba cartera en vez de mochila. A mí apenas me dirigía la palabra. Para ella yo había pasado a ser una abominación de dos patas y pelo enredado.

Lili no usaba el telescopio porque decía que esa no era "cosa de chicas grandes". Así que prácticamente el telescopio era de mi propiedad.

Una noche de verano, después de haber pasado toda la tarde en la colonia de vacaciones, me encontraba en el patio de casa.

Jugaba con un barquito de plástico que navegaba en altamar contra la adversidad de las olas de la pelopincho.

De un momento a otro, todavía inmersa en la historia de la tripulación del barquito de juguete que sostenía y hacía navegar con la mano, el reflejo de la luna sobre el agua, ahora deformada y constantemente ondeante sobre el agua en movimiento, llamó mi atención.

Había Luna Llena.

Instantáneamente pensé en el telescopio. Debía admirar el satélite natural del planeta con el telescopio del abuelo, me dije para mis adentros.

Una vez detrás del artefacto, ya habiendo enfocado su lente tal como Pedro me había enseñado, miré de lleno a la Luna.

Mi mirada saltaba de cráter en cráter. En un acto reflejo, cerré fuertemente el ojo con el que no observaba, como si así pudiera mirar mejor a través del telescopio.

La luna, inmensa, radiante y amarillenta, recién asomaba para dar por inaugurada una nueva noche en el hemisferio oeste del globo.

La observé durante un largo rato, admirando sus líneas curvas, sus colores y sus cráteres. Cuando ya estaba por alejarme del telescopio para entrar a casa, me pareció ver algo.

Algo completamente inusual. Volví a poner el ojo en el visor del telescopio.

Y ahí estaba.

Algo que jamás había visto ni se me hubiera ocurrido ver a través de un telescopio, más específicamente sobre la faz de la Luna.

Una mancha naranja chillón se movía en el visor del artefacto. Quedé boquiabierta.

Me alejé y miré directamente al satélite de la Tierra sin telescopio de por medio. No vi nada fuera de lo común sobre la cara visible de la Luna.

Volví a posar mi ojo derecho sobre el visor y ahí estaba otra vez. Era alguien.

Alguien con cabeza y brazos que agitaba en el aire. En realidad movía un solo brazo. El otro lo mantenía apoyado sobre el telescopio con el cual miraba en dirección a la Tierra, quizás... específicamente en mi dirección.

Porque saludaba y saltaba. A juzgar por los movimientos de su cuerpo, parecía contento o contenta o lo que fuera que fuese.

Yo no daba crédito a lo que estaba viendo. Así que me quedé inmóvil, observando a aquel ser que se encontraba en la Luna, que usaba su propio telescopio y que al parecer me saludaba efusivamente.

Por un momento creí que estaba alucinando. Quizás me había quedado dormida y todo aquello era simplemente un sueño.

Me pellizqué el brazo tal como me había enseñado Lili cuando éramos chicas. Pero no me desperté. Seguía ahí y la criatura o lo que fuese que iba vestido de color zanahoria, también, saludándome desde la Luna.

Pasado unos minutos detuvo sus movimientos. Bajó el telescopio y miró hacia la Tierra, de la misma manera en que lo había hecho yo momentos

atrás en dirección suya.

Luego volvió a posar su mirada en el telescopio. Yo, con mano temblorosa, levanté el brazo y saludé en el aire.

Enseguida el de naranja comenzó a saltar y a saludar, esta vez con ambas manos en el aire.

Saltaba y corría en pequeños círculos.

No pude evitar reír. Miré para todos lados, buscando algún testigo o cómplice de aquella descabellada e insólita situación.

Pero en el patio solo estaba yo.

El habitante de la Luna se volvió a acercar a su telescopio y empezó a hacer señas que no pude entender. Quizás era lenguaje para sordos o de alienígenas. Yo, dura como una piedra, observaba sin saber qué hacer ni pensar.

No lograba ver con detalle su cara, si es que tenía cara. Aunque sí tenía cabeza; lo deduje por la figura de su cuerpo que era muy similar a la de un cuerpo humano.

Me miraba y seguía gesticulando. En un momento agitó su mano en el aire con los dedos amuchados en un "¿QUÉ?" y se quedó mirando en mi dirección sin hacer movimiento alguno. Evidentemente estaba esperando mi reacción.

Yo no sabía bien qué hacer o de qué manera moverme. Primero fueron movimientos toscos y acartonados. Sentí que la cara se me enrojecía a causa de la vergüenza que me produjo aquella ridícula situación.

Después con el correr de los minutos, me fui soltando y terminé haciendo una especie de extraño baile frente al telescopio en el medio del patio de mi casa.

Un brazo sobre mi cabeza, una patada de costado, un círculo que formaba con el dedo índice sobre el aire.

Del otro lado, en la Luna, mi compañero de raros movimientos y comunicación poco efectiva, también danzaba enérgicamente.

Me volví a reír. A decir verdad, me reí tanto que me dolió la panza.

A la hora y cuarto, mi mamá llamó con un audible "está la cena" y tuve que despedirme. Saludé al individuo de naranja con un fuerte sacudón de

mano en el aire que enseguida me devolvió.

Cuando estaba por entrar a casa, volví a mirar en dirección a la Luna. Y no vi más que sus características manchas, su resplandor y su tono ahora un poco menos amarillento que hacía un rato cuando apenas se había hecho presente en el firmamento.

A la noche siguiente me instalé en el patio. Enfoqué el lente del telescopio y ahí estaba, de nuevo, el sujeto de naranja.

Volvimos a bailar tratando de comunicarnos. O lo que fuese que hiciéramos.

De la misma forma transcurrieron las noches siguientes.

El correr de los días del mes hizo que la Luna dejara de ser Llena. En cuanto perdió un poco de volumen ante mi mirada humana, dejé de divisar al de naranja.

Miré cada noche a través del telescopio y no lo volví a ver. No hasta la próxima Luna Llena.

Cuando la Luna volvió a tener una perfecta redondez, el extrañi sujeto estuvo allí de nuevo. Saludaba y saltaba. Y bailaba de manera muy graciosa.

Yo, que había estado dándole vueltas al asunto durante casi un mes, pensé que quizás sería buena idea escribir un letrero con el que le diría mi nombre a mi nuevo conocido y le preguntaría el suyo.

Lo levantaría en alto y así quizás este lo podría leer. Si es que sabía leer español. O siquiera leer.

La tercera noche de nuestro segundo encuentro, es decir, de la segunda Luna Llena desde que nos conocimos, decidí llevar a cabo mi plan. Levanté el cartel en alto con una mano y con el dedo índice de la otra señalé enérgicamente y de manera repetida el cartel para que mi amigo lunar lo viera.

El sujeto de naranja se detuvo y observó a través de su telescopio, quieto. Parecía atento.

De repente, se alejó. Caminó lo que pareció unos cuantos metros y se adentró en una especie de agujero que yacía sobre la superficie de la

Luna. No era grande y hondo como los típicos y gigantescos cráteres de la Luna. Se trataba de un pequeño agujero, no muy lejos de donde estaba ubicado su telescopio y que era de color gris oscuro.

Aguardé dos largos minutos sin entender nada hasta que volvió a salir a la superficie. Traía en sus manos un aparato chiquito de color azul brillante.

Cuando volvió a mirar a través del telescopio, agitó el aparato en el aire y lo señaló reiteradas veces con el dedo índice de la otra, tal como lo había hecho yo minutos atrás con el cartel.

El aparatito, por lo que pude observar, tenía cables de colores y botones blancos que sobresalían. El tipo de naranja lo agitaba y hacía señas con la otra mano en su dirección. En un momento, tocó un botón y conectó uno de los cables sueltos a una entrada.

El artefacto brillaba en sus manos. Jamás había visto un azul tan brillante en mi vida.

Jamás supe de qué se trataba aquella cosa resplandeciente.

Yo, maravillada y con tan solo nueve años, observaba sin saber qué pensar, sin saber si sería buena idea contarle a mi hermana, a mi mamá o a algún compañero de la escuela. Quizás podría consultarle a mi profesor de ciencias. O, pensé, quizás me enviarían a un psicólogo infantil o a un internado especializado en trastornos mentales.

Así que decidí guardarme el secreto para mí sola.

Así, el sujeto de naranja y yo seguimos viéndonos a la distancia durante meses.

En cada Luna Llena yo estaba ahí, plantada en el patio frente a mi telescopio.

Muchas veces nos movíamos, haciendo extraños gestos con las manos y con el cuerpo. Otras, solo nos quedábamos ahí, plantados, mirándonos. Hubo noches en las que le conté en voz alta cosas que habían pasado durante ese día en la escuela. Sabía que no me escucharía pero era reconfortante hablar con mi nuevo amigo lunar y sentir que estaba ahí haciéndome compañía a la distancia.

Entonces, todo aquello se convirtió en una especie de extraño ciclo:

Esperaba ansiosa cada Luna Llena.

Observaba algo triste la Luna Menguante.

Aguardaba pacientemente la Luna Nueva.

Y admiraba entusiasmada cada Luna Creciente.

Así fueron transcurriendo los meses. Yo acá y el sujeto de naranja, fuera lo que fuese, allá en la Luna. Incluso pasaron años. Y no pasó una Luna Llena en la que no nos viéramos a través de nuestros telescopios y, a pesar de la distancia y de la falta de comunicación, nos hiciéramos compañía.

La primera noche de una Luna Llena, cuando yo estaba por cumplir los doce años, lo vi cargando algo. Algo verde que se movía en sus brazos.

Era otro de los suyos. Mi amigo lunar ahora no miraba a través del telescopio. Durante el largo rato que lo observé, apenas miró de refilón en dirección a la Tierra.

¿Acaso tenía familia? ¿Cargaba realmente en brazos a un bebé de los suyos, al que podría ser su hijo o hija?, en aquel momento me surgieron preguntas a montones, a las que no pude responder con debida certeza.

De repente vi cómo acomodaba al pequeño ser en sus brazos y lo introducía por el pequeño agujero gris, por el que en otra ocasión se había metido él mismo para luego mostrarme aquel extraño artefacto.

Luego se dirigió con paso tranquilo al telescopio y observó durante unos segundos.

Me saludó con la mano y yo, enseguida, le devolví el saludo.

Se quedó mirando sin moverse y miró en dirección a la Tierra, esta vez sin instrumento óptico de por medio.

Tomó las patas del trípode que sostenía el telescopio y las plegó con un solo movimiento. Lo colocó bajo su brazo y caminó nuevamente en dirección al agujero.

Yo, inmóvil, observaba atentamente.

El de naranja introdujo el telescopio en el agujero y luego, se metió él

mismo.

Esa fue la última noche que lo volví a ver.

No lo vi más ni a él, ni al que debía ser su hijo o hija ni a ninguno de los suyos. Y con el correr de los años tampoco volví a usar el telescopio.

A decir verdad, no estuve triste por su repentina e impredecible despedida.

Solo que a veces quisiera verlo una vez, aunque sea por una fracción de segundos, solo para comprobar que aquella historia realmente ocurrió, que no la inventé.

Porque hay días y determinados momentos en los que creo que todo fue producto de mi imaginación.

Posiblemente, si de verdad ocurrió, jamás tendré una explicación lógica y científicamente comprobada para justificar mi testimonio. Solo existiría y tendría entidad en mi cabeza, en forma de recuerdos.

Y, de otro modo, si fuera un invento de mi cabeza, estaría bien de todas formas.

Quizás me había inventado una historia, un juego con alguien que jamás había existido, solo para no sentirme sola a mis nueve años de edad, para sentirme acompañada y comprendida aún por alguien que, técnicamente, no podía hacerlo ya que hablábamos distintos idiomas y vivíamos en astros diferentes.

Quizás por aquel entonces solo necesitaba tener a alguien que intentara entenderme mientras yo atravesaba la fina y compleja línea de dejar de ser una nena para adentrarme en la turbulenta y caótica etapa de la adolescencia.

Quizás solo quería una cercana compañía aún de alguien que se encontraba a más de 380.000 kilómetros de distancia.

Desde el principio decidí no contarle la historia a nadie. No quería ser tratada de loca. Ni fantasiosa. Ni lunática.

No quería ser una Galilea Galilei en mi propia familia. Y hasta el día de hoy me alegra no habérselo dicho a nadie.

Porque ahora, cada tanto la recuerdo e inmediatamente una sonrisa me colma la cara. Los recuerdos son y serán enteramente mío y siempre me

acompañarán.

El recuerdo de mi extraño y divertido amigo estará ahí para mí, al igual que los vestigios de la infancia que jamás me abandonarán y que siempre serán parte de lo que soy.

Y aunque pasen los años, todos los meses una Luna Llena dibujada en lo alto del cielo me ayudará a recordar la historia de mi amigo lunar como si volviera a tener solo nueve años.